

breves reflexiones sobre el amor en el matrimonio

Noviazgo, tiempo mítico

El hallazgo del amor mutuo durante el noviazgo es el descubrimiento de un mundo maravilloso, en el que se ven realizados o se vislumbran realizables los más puros ideales de dos personas que se quieren. El halo de misterio luminoso lo envuelve todo y se vive la paradoja de lo real y de lo imaginario. Por un espacio de tiempo, difícil de mensurar, se cree realidad lo que el corazón humano más hondamente aspira y desea: la felicidad compartida. Por esto el tiempo del noviazgo es casi siempre un tiempo mítico y los ideales e ilusiones forjados en ese tiempo participan en gran parte de lo maravilloso y mítico. Se vive un poco o un mucho fuera de la realidad. Esto no quiere decir que la realidad posterior no *deba ser así*. Constatamos solamente la experiencia vivida.

El ideal inalcanzable

Esta es la razón por la que el ideal del matrimonio —o el matrimonio ideal— tal y como se piensa durante el noviazgo y al comienzo de la vida compartida en el matrimonio, se debe considerar como el horizonte ideal, por el que siempre se debe luchar, al que siempre se debe tender por alcanzar, aunque nunca sea alcanzable. La ilusión, sin embargo, no debe morir jamás, por más que al paso del tiempo se tenga la convicción de que nunca se podrá llegar a convertirlo totalmente en realidad. Aquí se revela lo inefable del amor humano, vestigio de lo divino, que causa la insatisfacción dentro del gozo vivido por la posesión del bien amado. La ilusión insatisfecha nos descubre la infinita profundidad del alma humana, la capacidad infinita de amar del corazón humano. El día en que se pensara que se había llegado a alcanzar el horizonte del amor, por muy alto que se hubiera puesto, empezaría a declinar la intensidad del amor.

El amor todo lo excusa

En el matrimonio —relación interpersonal— como en cualquier ámbito de la actuación humana, hay que contar con las limitaciones de

la persona humana. Sería un error fatal olvidarse, en cualquier estadio de la vida matrimonial, de las limitaciones de los dos cónyuges. Ya desde el principio hay que contar con ellas; aunque una cosa es *saber* que somos limitados y otra muy distinta *experimentar* estas limitaciones. El amor cristiano —elemento esencial del matrimonio cristiano— debe saber superar el choque psicológico que supone la experiencia de los fallos del compañero. “La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta” (1 Cor 13,4-7).

Si Pablo habla de la caridad en general, tiene su aplicación muy concreta en el amor que debe existir entre los esposos.

Hay que ser, pues, realistas y contar con los fallos mutuos. Cuando se dé el caso de un acto de desamor, consciente o inconsciente, hay que saber encajar el golpe y no responder con otro acto de desamor. Hay que ser esponja y no piedra. La esponja recibe el golpe del agua, pero no salpica; la roca recibe la caída del agua y la despide con la misma violencia con que la recibió. El matrimonio es una escuela donde se aprende continuamente el difícil arte del amor cristiano verdadero. El amor se consolida en el sacrificio. Pero donde ha penetrado el amor, surge el amor.

El tiempo espiritualiza el amor

El matrimonio solamente se puede salvar si existe verdadero amor entre los esposos. Este amor, como el fuego de un hogar, no debe extinguirse, de lo contrario el frío helará todas las relaciones matrimoniales y familiares. Cueste lo que cueste habrá que intentar mantenerlo y aun aumentarlo. Así se puede decir que el matrimonio donde no ha muerto el amor, porque se ha luchado por él, a medida que pasa el tiempo el amor es más fuerte, más auténtico, más indestructible y, en última instancia, más espiritual. Vale la pena esforzarse mutuamente por conservar el amor que una vez surgió. Es la perla preciosa por la que se debe dar todo lo que se tiene para conseguirla y mucho más para conservarla, si ya se ha conseguido.

Donación sin reservas

El amor es donación de sí mismo. En el matrimonio es donación mutua sin reservas. En la medida en que la donación mutua es más sincera y auténtica el amor es más profundo y se realiza más auténticamente la persona. El amor no exige correspondencia, pero en la correspondencia se afirma y se consolida más el amor. Por esto cuando falta esa respuesta de amor, peligra la existencia del amor. Somos defectibles y aun las columnas más firmes pueden tambalearse y terminar por desplomarse. Sólo Dios es indefectible.

El amor tiene su rostro

El amor auténtico tiene que manifestarse exteriormente en palabras, gestos, acciones, aunque éstas sean, al parecer, insignificantes.

El amor se muere, si no se manifiesta. Pero el amor en el matrimonio se manifiesta de diferentes formas en las diversas etapas de la vida conyugal. La carga afectiva no se mide por el valor material de lo que se da, ni por la magnitud de las acciones o dones, sino por la parte de corazón que se haya puesto en ellos. A veces una caricia, un pequeño obsequio o detalle de cualquier tipo tiene más valor en la escala del amor que una joya de inestimable precio material, si se ha dado sin amor.

El amor es masculino, el amor es femenino

En la manifestación del amor mutuo no se puede olvidar algo tan elemental como la diferencia de psicología femenina y masculina. Lo que puede parecer una pequeñez o acaso una necesidad o blandenguería en el varón, puede tener un valor inapreciable en la mujer y aun necesitarlo. O viceversa, la actitud aparentemente indiferente del varón, por ejemplo, el silencio después de una jornada agotadora de trabajo, puede estar cargado de un amor profundo, sereno y tierno hacia la mujer, aunque no lo manifieste.

En el trato mutuo entre los esposos juega un papel de capital importancia la comprensión mutua de caracteres y gustos diferentes, inherentes a cada uno de los cónyuges. En el ejercicio del amor siempre se ha de respetar esta diferencia mutua, lo cual entrañará muchas renunciaciones y sacrificios por las dos partes. Pero esta renunciación es la que hace más valioso el amor mutuo, porque es el crisol donde se purifica el amor de los egoísmos y orgullos personales. No puede existir verdadero amor sin sacrificio. En la medida en que no se renuncia al amor propio, se disminuye o se mata el amor sincero. El olvido o poco aprecio de esta verdad profundamente humana es, en la mayor parte de los casos, la causa de tanto divorcio espiritual real entre esposos que se han amado sinceramente durante algún o mucho tiempo. Por esto es necesario que cada uno de los cónyuges reflexione constantemente sobre el comportamiento personal hacia el otro cónyuge, para, en lo posible, corregir posibles errores que, si no se cortan a tiempo, pueden ser causa de barreras infranqueables e indestructibles más adelante.

No hay temor en el amor

Presupuesto de los celos es el amor; por eso donde no hay amor, no existe ni siquiera la posibilidad de los celos. Pero el amor de la persona celosa es un amor inmaduro, imperfecto, ya que ella en sí misma lo es, sin entrar en el problema psicopatológico del que los padece. "No hay temor en el amor; sino que el amor perfecto expulsa el temor" (1 Jn 4,18). Los celos fundamentalmente consisten en el temor infundado de perder el amor de la persona a quien se ama. El amor maduro y sereno entre los esposos anula todo temor morboso de perder lo que pacíficamente se posee. La desconfianza, el orgullo, el amor propio unido a cierto complejo de inferioridad dan pábulo a los celos. Por todo esto, la mejor cura de los celos, una vez que se ha comprobado que son infundados, es la desconfianza en sí mismo y la mayor fe y confianza en el cónyuge compañero.